

CHARLES M. SHELDON

EN SUS PASOS  
¿QUÉ HARÍA JESÚS?



**Editorial CLIE**  
www.clie.es

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: libros@clie.es  
<http://www.clie.es>



*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org) <<http://www.cedro.org>> ) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».*

© 2014 Editorial CLIE

---

**En sus pasos ¿qué haría Jesús?**

ISBN: 978-84-8267-856-6  
Depósito Legal: B-8782-2014  
Vida Cristiana  
Crecimiento espiritual  
Referencia: 224859

---

Impreso en USA / Printed in USA

# BIOGRAFÍA

## CHARLES M. SHELDON

**Charles Monroe Sheldon** (26 de febrero 1857 Wellsville, Nueva York - 24 de febrero 1946) fue, en Estados Unidos, Ministro en las iglesias congregacionales y líder del movimiento del Evangelio Social. Su novela, *In His Steps*, introdujo el principio de “¿Qué haría Jesús?” articulando un acercamiento a la teología cristiana que se hizo popular a finales del S. XX y tuvo un resurgimiento casi cien años después. Sheldon se graduó en la Academia Phillips, Andover. Se convirtió en un defensor de la escuela del pensamiento conocida como socialismo cristiano. Su perspectiva teológica se centró en los aspectos prácticos de la vida moral, con mucho menos énfasis en las tradiciones doctrinales de redención personal del pecado en Cristo.



# ÍNDICE

Capítulo I .....	07
Capítulo II .....	25
Capítulo III .....	47
Capítulo IV .....	65
Capítulo V .....	87
Capítulo VI .....	109
Capítulo VII .....	129
Capítulo VIII .....	151
Capítulo IX .....	173
Capítulo X .....	193
Capítulo XI .....	211
Capítulo XII .....	233



# I

«Porque para esto fuisteis llamados, pues que, también, Cristo padeció por nosotros, dejándonos un modelo para que vosotros sigáis sus pasos»

(1 Pedro 2:21)



Era un viernes por la mañana y el Reverendo Enrique Ford estaba tratando de terminar la preparación de su sermón para el domingo siguiente. Varias veces le habían interrumpido y comenzaba a sentirse nervioso viendo transcurrir la mañana sin que su trabajo adelantara mucho.

—María —dijo, llamando a su esposa mientras subía las escaleras después de la última interrupción—, si viene alguien quiero que le digas que estoy muy ocupado y que no podré atenderle a menos que se trate de algo muy urgente.

—De acuerdo, Enrique, pero yo ahora salgo hacia el Jardín de Infantes y vas a tener que quedarte solo.

El pastor subió a su estudio, cerrando la puerta tras de sí; al cabo de un rato oyó a su esposa que salía. Se sentó y, lanzando un suspiro de satisfacción, comenzó a escribir. El texto de su sermón era un versículo de la Primera Epístola de Pedro: «Porque para esto fuisteis llamados, pues que, también, Cristo padeció por nosotros, dejándonos un modelo, para que vosotros sigáis sus pasos».

En la primera parte de su sermón había dado énfasis a la expiación realizada por Cristo, como un sacrificio personal, llamando la atención al hecho de que Jesús había sufrido de diversas maneras, tanto en su vida como en su muerte. Había proseguido sobre

CHARLES M. SHELDON

el mismo asunto desde el punto de vista del ejemplo, presentando varias ilustraciones tomadas de la vida y enseñanzas del Señor, tratando de demostrar cómo la fe en Cristo contribuye a salvar a los hombres gracias al modelo o carácter que les presenta como imitación. Estaba ya en el tercer y último punto de su sermón, donde iba a hablar de la necesidad de seguir a Jesús en su sacrificio y en su ejemplo; acababa de anotar las palabras: «Sus pasos, ¿en qué consisten?», y se disponía a enumerarlos en orden lógico, cuando el timbre sonó violentamente. Era uno de esos timbres con maquinaria de relojería que largan toda la cuerda a la vez, como si de un reloj que quisiera dar las doce de un solo golpe se tratara.

El señor Ford frunció el entrecejo y continuó sentado. Pero el timbre sonó de nuevo. Entonces se acercó a la ventana desde la cual podía ver la puerta de la calle. Allí vio a un hombre joven vestido muy pobremente.

—Parece un vagabundo —dijo para sí el pastor. Y añadió entre dientes—. Tendré que bajar y...

Sin terminar la frase, bajó y abrió la puerta de la calle. Hubo un instante de silencio cuando los dos hombres se encontraron frente a frente. El joven de la ropa raída fue el primero en hablar:

—Estoy sin trabajo, señor, y he pensado que quizá usted podría indicarme a quién dirigirme...

—No sé de nadie que pudiera contratarle... El trabajo escasea últimamente. —contestó el pastor, comenzando a cerrar la puerta lentamente.

—Pensé que tal vez usted podría facilitarme alguna tarjeta de un negocio o empresa en la ciudad... o alguna casa donde requieran mis servicios... —insistió el joven, haciendo girar nerviosamente entre sus dedos su descolorido sombrero.

—No se me ocurre ninguna... Tendrá usted que disculparme. Estoy muy ocupado esta mañana. Espero que pueda encontrar algún empleo. Lamento no poder darle algo que hacer aquí, pero solo tengo un caballo y una vaca y yo mismo los cuido.

El Rev. Ford cerró la puerta y oyó tras de sí los pasos del vagabundo, que bajaba los escalones. Al volver a asomarse a la ventana de su estudio, le vio marchar a paso lento por la calle, siempre con el sombrero en la mano. En su aspecto se traslucía abatimiento, soledad y abandono. Por un instante, Enrique Ford vaciló si llamar a aquel hombre y hacerlo regresar; pero finalmente decidió volver a su escritorio y, lanzando un suspiro, continuó escribiendo.

No hubo más interrupciones durante la mañana. Cuando su esposa regresó dos horas más tarde, el sermón estaba terminado, folios colocados en orden sobre su Biblia, todo listo para el servicio del domingo.

—Algo extraño ha sucedido hoy en el Jardín de Infantes —dijo su esposa mientras comían—. Ya sabes que fui con la señora de Jones a visitar la escuela... Pues bien, después del recreo, mientras los niños estaban en la mesa, se abrió la puerta y entró un joven con un sombrero bastante sucio en la mano. Se sentó cerca de la puerta sin decir ni una palabra. No hacía más que mirar a los niños. Evidentemente era un vagabundo: La Srta. Marty y su ayudante, la Srta. Sinclair, se asustaron un poco al principio; pero el hombre permaneció sentado tranquilamente durante unos minutos y después se fue.

—Quizá estaba cansado y solo quería descansar un momento. Ese mismo hombre estuvo aquí. ¿Dices que parecía un vagabundo?

—Sí, vestía muy harapiento y sucio... No tendría más de treinta a treinta y dos años.

—Sí, es el mismo... —dijo el Rev. Ford muy pensativo.

—¿Terminaste tu sermón, Enrique? —preguntó la señora, después de unos instantes de silencio.

—Sí, lo terminé. He tenido una semana muy estresante, los dos sermones me han dado mucho trabajo.

—Serán recompensados, seguro, con una gran concurrencia. —dijo su esposa muy animada— ¿Sobre qué predicarás?

—Sobre seguir a Cristo. Partiendo del tema de la Expiación realizada por Cristo, he subdividido el asunto en sacrificio y ejemplo;

CHARLES M. SHELDON

después entro a mostrar los pasos necesarios para seguir su sacrificio y su ejemplo.

—Seguro que será un hermoso sermón. ¡Ojalá no llueva el domingo! Hemos tenido tantos domingos lluviosos...

—Sí, y la audiencia se ha visto muy reducida últimamente. La gente no viene a la iglesia cuando hay tormenta... —al decir esto, Enrique Ford suspiraba imaginando que sus diligentes esfuerzos en la preparación de sus sermones eran recompensados con una gran concurrencia de feligreses el domingo por la mañana, cosa que nunca ocurría.

Llegó el domingo, acompañado de una hermosa mañana, como las que suelen verse después de largos periodos de lluvia. La atmósfera era nítida, el aire fresco; en el cielo no había el menor signo que amenazara tormenta. Todos los miembros de la Primera Iglesia de Raymond, de la que el Rev. Ford era pastor, acudieron esa mañana para escucharle.

La capilla estaba llena de gente de buena posición. La iglesia gozaba del mejor acompañamiento musical que pueda desearse; el cuarteto que lo formaba era siempre bien recibido por la congregación. La antífona de aquella mañana era inspiradora. Toda la música estaba en armonía con el tema de la predicación. El himno que se cantó para dar comienzo al sermón decía así:

*Jesús: mi cruz he tomado.  
Todo dejo por seguirte.*

Después, la soprano, Raquel Larsen, se dispuso a cantar un solo, el conocido himno:

*Me guía Jesús, le seguiré,  
Sí, le seguiré, siempre le seguiré.*

Hubo una generalizada expectativa en el auditorio cuando Raquel se levantó a cantar. La Srta. Larsen estaba hermosísima aquella mañana. De pie en el coro, detrás del enrejado de roble tallado con los significativos emblemas de la cruz y la corona, su voz resultaba aún más hermosa que su rostro, lo que es mucho decir. El Rev. Ford se colocó con aire satisfecho detrás del púlpito. El canto de Raquel Larsen siempre le ayudaba a crear una sensación de bienestar en el auditorio y contribuía a preparar el ánimo de sus feligreses antes de introducirles en su sermón.

La congregación escuchaba extasiada a la soprano. Al terminar el canto, el Rev. Ford pensaba que si no fuese porque se hallaban dentro de un templo, seguro que los feligreses hubiesen aplaudido frenéticamente. Lo cierto es que creyó percibir algo como un sordo rumor de aplausos discretos al fondo de la capilla, cosa que le alarmó. Se levantó al tiempo que Raquel Larsen se sentaba. Colocó su Biblia y los apuntes de su sermón sobre el púlpito, diciéndose a sí mismo que debía de haberse engañado, pues tal irreverencia era imposible, y unos instantes después se hallaba absorto por completo en la predicación.

Enrique Ford no tenía fama de ser un predicador fastidioso; al contrario, más bien se le criticaba por su sensacionalismo y afectación. Pero a su congregación le gustaba eso porque otorgaba a la Primera Iglesia y a su predicador cierta distinción. Por su parte, no es menos cierto que a Enrique Ford le gustaba predicar. Rara vez cambiaba de púlpito con sus colegas; ansiaba ver llegar el domingo para estar en su puesto. Si bien secretamente anhelaba ser escuchado por un auditorio aún más numeroso, pues le incomodaba predicar ante un grupo reducido de oyentes.

Aquella mañana todo parecía estar a su favor y su espíritu estaba rebotante de satisfacción. Mientras predicaba, pensaba en su ventajosa posición como pastor de la principal iglesia de Raymond, a la que acudían las clases más cultas, ricas y representativas de la ciudad. No podía evitar sentirse complacido de sí mismo.

CHARLES M. SHELDON

Si el pastor se sentía satisfecho, esa mañana, la congregación, por su parte, se felicitaba de tener en el púlpito a un hombre tan erudito, distinguido y de aspecto bastante agraciado, que les predicaba con tal vehemencia y completamente exento de toda vulgaridad.

De pronto, en medio de esa perfecta armonía, ocurrió un inesperado incidente, que cambiaría el curso de la vida de muchos de los que allí se encontraban. El Rev. Ford ya había cerrado su Biblia y apilado los folios que contenían las notas de su sermón, cuando una voz irrumpió desde el fondo de la capilla. Un instante después, la figura de un hombre se destacó de entre las sombras y avanzó hacia el frente. Antes de que la congregación se diera cuenta de lo que estaba pasando, el hombre había llegado a situarse entre el estrado del púlpito y los primeros asientos, y se hallaba mirando hacia el auditorio, dispuesto a hablarles.

—Desde que entré en el templo, he estado pensando si sería conveniente que dijese unas palabras al terminar el servicio. No estoy ebrio ni estoy loco. Soy un hombre completamente inofensivo. Pero si muero, como es probable que acontezca dentro de pocos días, quiero tener la satisfacción de haber dicho lo que quería en un sitio como este, y, justamente, en presencia de personas como las que componen este auditorio.

El pastor, que no había alcanzado a sentarse cuando el hombre comenzó a hablar, se quedó reclinado en el púlpito mirando al intruso. Era el mismo hombre que había llegado a su puerta el viernes por la mañana, el mismo joven de ropa raída y sucia. Aún tenía su descolorido sombrero en la mano, el cual hacía girar entre los dedos, parecía este ser su gesto favorito. No se había afeitado y el peine no había tocado sus desaliñados cabellos. Jamás un hombre de tal condición se había colocado frente a frente de la congregación de la Primera Iglesia dentro del templo. Aquellas personas tropezaban a menudo con tipos como aquel en las calles, en las estaciones o en los bulevares, pero jamás habrían soñado con verle en el templo y dirigiéndoles la palabra.

Nada de ofensivo había en los modales de aquel hombre ni en su tono. No estaba excitado y al hablar lo hacía con voz suave, pero muy clara. El Rev. Ford, aunque paralizado por el asombro, tenía conciencia de que, de alguna manera, la acción del joven le recordaba a una persona a quien él, en sueños, había visto caminando y hablando. Nadie hizo el más mínimo movimiento para detener al intruso o interrumpirle. Su repentina aparición los había dejado a todos perplejos e inhabilitados para la acción. Así que continuó su discurso como si no pensara en la posibilidad de ser interrumpido ni se diese cuenta de su falta de decoro hacia el servicio de la Primera Iglesia:

—No soy un vagabundo cualquiera, aunque no conozco ninguna enseñanza de Jesús que diga que ciertas clases de vagabundos sean menos dignas de salvarse que otras. ¿Conocéis vosotros tal enseñanza?

Preguntó aquello con tanta naturalidad como si estuviera hablando para un grupo de amigos. Hizo una pausa, en la que tosió pensosamente, y luego continuó:

—Hace diez meses que me quedé sin trabajo. Soy tipógrafo. Los linotipos son una invención maravillosa, pero yo sé de seis hombres que se han suicidado en el transcurso del año por causa de esas máquinas. Naturalmente, no censuro a los diarios por que las adquieran. Pero, mientras tanto, ¿qué puede hacer uno? No conozco otro oficio más que el mío. He vagado por todas partes en busca de algo que hacer. Hay muchos otros en mi misma situación. No me estoy quejando, ¿verdad? Solo digo lo que pasa. Pero, sentado ahí, en la galería, estaba pensando si lo que vosotros llamáis «seguir a Jesús» es lo mismo que Él enseñó al respecto. ¿Qué quiso decir cuando dijo: «Seguidme»? El ministro predicó —dijo mientras se giraba y señalaba al pastor— que es necesario que los discípulos de Jesús sigan sus pasos, añadiendo que esos pasos son la obediencia, la fe, el amor y la imitación. Pero no le oí decir exactamente lo que, según él, significan esas cosas, especialmente el último de

CHARLES M. SHELDON

esos pasos. ¿Qué entienden, los que se dicen cristianos, por seguir los pasos de Jesús? Durante varios días he vagado por esta ciudad en busca de trabajo y en todo ese tiempo no he oído una palabra de simpatía o de consuelo, excepto de los labios de vuestro ministro, que me dijo que lamentaba lo que me pasaba y deseaba que pudiera encontrar algo. Supongo que los mendigos profesionales os engañan tanto que habéis perdido el interés por los verdaderos necesitados. No estoy censurando a nadie, ¿verdad? Simplemente diciendo lo que sucede. Por supuesto, comprendo que todos vosotros no podéis abandonar vuestras ocupaciones para ir a buscar trabajo para gente como yo. No os pido tal cosa, pero, sí, me siento perplejo acerca de qué es lo que significa seguir a Jesús. ¿Queréis decir que vosotros estáis sufriendo y abnegándoos y esforzándoos por salvar a la humanidad doliente y perdida, como entiendo que Jesús lo hizo? ¿Qué queréis decir con ello? A mí me llama mucho la atención el lado malo de las cosas. Entiendo que hay más de dos mil hombres en esta ciudad en el mismo estado que yo. La mayor parte de ellos tiene familia. Mi esposa murió hace cuatro meses. Me alegro de que esté donde no hay aflicciones. Mi hijita está en casa de un tipógrafo amigo hasta que yo encuentre trabajo... Digo que me siento perplejo cuando veo tantos cristianos viviendo en medio del lujo y cantando «¡Jesús, mi cruz he tomado, abandonando todo por seguirte!» y, al mismo tiempo, recuerdo la manera en que murió mi esposa en un conventillo, clamando por un poco de aire puro y rogando a Dios que se llevase a su hijita junto con ella. Claro que no pretendo que vosotros podáis socorrer a todos los que se mueren de hambre por falta de alimentos apropiados o asfixiados por la atmósfera malsana de los conventillos. Pero, ¿qué significa seguir a Jesús? Entiendo que muchos que se llaman cristianos son dueños de conventillos. Cierta miembro de una iglesia era el dueño de aquel en el cual murió mi esposa, y yo he estado meditando si en el caso de él sería cierto eso de «dejar todo por seguir a Jesús». Otras noches, en una iglesia donde se celebraba una reunión de oración, oí cantar:

*A mi Salvador amado  
Le rindo todo mi ser  
Que él rescató del pecado.  
Mis pensamientos, mis obras  
Todos mis días y horas,  
Todo daré para Él...*

»Y yo, sentado afuera, en las gradas, meditaba acerca de lo que aquello podría significar. A mí me parece que hay una gran cantidad de amargura en el mundo que no existiría si las vidas de todos los que cantan tales cosas estuviesen en armonía con lo que cantan. Supongo que no entiendo bien las cosas, pero ¿qué haría Jesús? ¿Es el hecho de cantar esas palabras hermosas lo que entendéis por «andar en sus pasos»?

»A veces me parece que la gente que frecuenta las grandes iglesias tiene buena ropa, cómodas casas en las que vivir y dinero para gastar en cosas superfluas, en tanto que millares de otras personas mueren en los conventillos o vagan por las calles en busca de un trabajo que no encuentran, sin tener en su casa un piano o un cuadro y pasando la vida en medio de la miseria, la embriaguez y el pecado...

Al decir esto, el joven hizo un extraño movimiento en dirección a la mesa donde se administraba la comunión, sobre la que colocó airadamente una mano. Su sombrero cayó a sus pies sobre la alfombra. El joven pasó la otra mano por encima de sus ojos y luego, sin pronunciar ni una palabra, cayó pesadamente sobre su rostro al lado del estrado. Un estremecimiento recorrió a todos los presentes.

El Rev. Ford y el Dr. West se arrodillaron al unísono al lado del hombre extendido en el estrado. La congregación se levantó y en un instante el estrado se llenó de gente. El Dr. West dijo que el hombre aún vivía, pero que estaba desmayado. «Alguna afección cardíaca», murmuró, mientras ayudaba a conducirlo al estudio del pastor.

El hombre, colocado sobre un sofá, respiraba con dificultad. Cuando se presentó el asunto de lo que se haría con él, el pastor insistió en llevarle a su casa. Vivía cerca y tenía una habitación donde hospedarlo. Todos estaban consternados por el extraordinario acontecimiento, el caso más raro que podían recordar que hubiera acontecido en aquella iglesia. Nadie imaginaba aún el notable cambio que se iba a operar en las vidas de muchos de los que estaban allí presentes aquel día.

Durante una semana no se habló de otra cosa en todo Raymond. La impresión general era que el hombre había penetrado en el templo trastornado por sus aflicciones y que durante todo el tiempo que había hablado se hallaba bajo la influencia de un delirio producido por la fiebre. Tal era la opinión más caritativa con que se juzgaba su conducta. También era general la opinión de que en todo lo que el hombre había dicho se notaba una ausencia completa de queja o de censura.

Pasaron tres días desde que el joven fuera hospedado en la casa del Rev. Ford, y aún no había habido un cambio notable en su estado de inconsciencia. El médico no dio esperanza alguna de mejoría. Entonces, la madrugada del domingo, un poco antes de la una, se reanimó y preguntó si su hijita había venido. Tan pronto había averiguado su paradero por medio de unas cartas que el enfermo tenía en su bolsillo, que el Rev. Ford había enviado un mensaje pidiendo la presencia de la niña, pero ésta aún no había llegado.

—Su hijita va a venir, ya he mandado a buscarla. —respondió de inmediato el Rev. Ford.

—¡Ya no la veré más en este mundo! —murmuró el enfermo. Luego, con gran dificultad, añadió— Usted ha sido bueno conmigo. En cierto modo, me parece que es lo que Jesús habría hecho.

Dicho esto, giró la cabeza ligeramente, y antes de que el pastor pudiera darse cuenta de ello, el médico pronunció: «¡Se fue!».

La mañana de aquel domingo en la ciudad de Raymond amaneció exactamente como la del domingo anterior. El Rev. Ford subió

al púlpito, desde donde contempló una de las congregaciones más numerosas que jamás había visto en aquella iglesia. Pero aquello, que en otro momento le hubiera entusiasmado, no alteró su mal semblante, parecía como si acabase de levantarse de una larga enfermedad. Su esposa se había quedado en casa con la hija del difunto que había llegado una hora después de su fallecimiento. El muerto había sido arreglado en la misma habitación en la que falleció. Mientras abría la Biblia y arreglaba sus notas de anuncios desde el púlpito, el pastor no podía borrar de su mente el rostro de aquel hombre.

No puede decirse que su sermón fuese muy notable o impresionante. Hablaba con bastante vacilación. Era evidente que alguna idea bullía en su pensamiento. Solamente al final del sermón comenzó a adquirir cierto brío. Cerró la Biblia —había predicado sin notas aquella mañana, algo inaudito en sus costumbres—, y, adelantándose, se colocó en el lateral del púlpito mirando a su congregación. Entonces comenzó a hablarles de la extraña escena de la semana anterior.

—Nuestro hermano falleció esta mañana. Aún no he tenido tiempo de conocer bien su historia. Tenía una hermana, a quien he escrito avisándola de la tragedia, pero aún no he recibido respuesta. Su hijita está en mi casa y permanecerá con nosotros por el momento.

Al decir estas palabras, se detuvo y paseó la mirada por toda la congregación, recibiendo la impresión de que nunca había visto rostros más interesados durante todo su pastorado. Algo de lo que él estaba experimentando en esos días pareció transmitirse a la congregación y creyó oportuno descubrirles lo que tenía en su corazón:

—La aparición de aquel hombre en la iglesia el domingo pasado, así como sus palabras, tuvieron una poderosa impresión sobre mí. No me siento capaz de ocultaros, ni de ocultármelo a mí mismo, el hecho de que lo que dije, y todo lo acaecido después, me ha impulsado a preguntarme con énfasis «¿Qué significa seguir a

Jesús?»). Mucho de lo que aquel intruso dijo era una verdad tan vital que estamos obligados a contemplar sus palabras de frente si queremos tratar de contestarnos a nosotros mismos con honestidad. Tenemos el deber y la oportunidad de encontrar una respuesta al interrogante que nos planteó.

Nuevamente se detuvo el pastor y volvió a pasear la mirada por la congregación. Había en aquella iglesia personas de carácter, tanto hombres como mujeres. Ahí estaba Eduardo Norman, dueño del periódico *El Noticiero del Da*, miembro de la iglesia desde hacía diez años. No había hombre más digno de respeto en toda la ciudad. Estaba también Alejandro Poer, superintendente de los talleres del ferrocarril; a su lado se hallaba Donald Marsh, presidente del Instituto Lincoln, situado en los suburbios de Raymond; un poco más lejos estaba Milton Rait, uno de los principales comerciantes de Raymond, que empleaba a unos cien hombres en los diversos departamentos de su negocio. Allí estaba también el Dr. West, hombre joven aún, pero que era considerado un notable cirujano. Cerca de él aparecía Gaspar Chase, el escritor que había publicado un libro que alcanzó gran éxito y que se hallaba escribiendo una nueva novela. Estaba también la señorita Virginia Page, que acababa de heredar de su padre un par de millones de dólares y que era una mujer de belleza e inteligencia atrayentes. Destacaba entre todos ellos la señorita Raquel Larsen, sentada en el coro, resplandeciendo con su extraña belleza y manifestando intenso interés en lo que oía.

Al contemplar sus rostros, el pastor reflexionaba y se preguntaba cuántos de ellos responderían a la extraña propuesta que estaba por hacerles.

—Lo que voy a proponer ahora —continuó— es algo que no debiera parecer extraño ni, en manera alguna, de imposible ejecución. Sin embargo, sé que probablemente será así considerado por un gran número de los miembros de la iglesia. Para que se entienda con toda claridad, voy a presentar mi propuesta sin

amague alguno: necesito voluntarios de la Primera Iglesia que se comprometan seria y honradamente por un año entero a no hacer cosa alguna sin antes preguntarse a sí mismos «¿Qué haría Jesús en mi lugar?». Y después de hacerse la pregunta, cada uno deberá seguir a Jesús tan estrictamente como sepa hacerlo, sin cuidarse del resultado que su actitud pueda acarrearle. Como es natural, yo me incluiré en este grupo de voluntarios y daré por sentado que mi congregación no se sorprenderá de mi conducta en el futuro, basada sobre esta regla de acción y que no se opondrá a nada de lo que se haga si creen que Cristo obraría en esta forma. ¿Me he explicado con claridad? —y tras una breve pausa, añadió— Después de terminar este servicio, deseo que todos los miembros de la iglesia que quieran formar parte de este grupo se queden un rato para conversar sobre los detalles de mi plan. Nuestro lema será: «¿Qué haría Jesús?». Nuestro objeto será conducirnos, en todo, tal como entendemos que Él lo haría si se hallara en nuestro lugar, sin cuidarnos para nada de los resultados inmediatos. En otras palabras: nos proponemos andar en los pasos de Jesús de una manera tan literal y perfecta como creemos que Él quiso enseñar a sus discípulos que anduviesen.

No es fácil describir la sensación que produjo tan sencilla propuesta. Todos se miraban unos a otros, presa del mayor asombro. Se le había entendido bastante bien, pero era evidente que había gran divergencia de opinión en cuanto a la aplicación de la enseñanza y ejemplo de Jesús.

El pastor terminó el servicio con una breve plegaria. Inmediatamente después de la bendición, el organista comenzó a tocar la pieza de despedida y la gente empezó a salir. Por todas partes había grupos que conversaban y discutían animadamente la propuesta del pastor. Después de unos minutos, el Rev. Ford pidió a todos los que lo desearan que pasaran al salón de actos públicos. Al darse la vuelta vio que el templo estaba vacío. Se dirigió entonces a la puerta del salón de actos públicos, quedando sumamente sor-

CHARLES M. SHELDON

prendido al ver la gente que allí le esperaba. Había unos cincuenta miembros presentes, entre los que se encontraban Raquel Larsen, Virginia Page, el Sr. Norman, el profesor Marsh, Alejandro Poer, el superintendente del ferrocarril, el Sr. Milton Rait, el doctor West y Gaspar Chase.

El pastor cerró la puerta del salón y se colocó frente al pequeño grupo de miembros. Su rostro estaba pálido y sus labios temblaban de emoción. Aquello era para él una verdadera crisis, tanto en su propia vida como en la de su congregación. Nadie puede decir, antes de ser movido por el Espíritu divino, lo que hará o qué curso puede tomar la corriente de una vida ya habituada a cierta norma de conducta, de pensamiento y de lenguaje. El mismo Ford no se percataba exactamente de lo que estaba experimentando; pero se sentía impulsado por una profundidad de emociones que no alcanzaba a medir mientras contemplaba los rostros de las personas allí presentes.

Le pareció que la manera más oportuna de romper el silencio era haciendo una oración; pidió a todos los presentes que orasen con él. Casi con la primera sílaba pronunciada, todos sintieron de una manera que no dejaba lugar a dudas la presencia del Espíritu Santo. A medida que la oración continuaba, se notaba más poderosamente aquella presencia. Todos la sentían. El recinto estaba lleno de ella, y esto de una manera tan notable como si hubiera sido visible. Cuando terminó la oración, hubo un prolongado silencio. Las cabezas estaban inclinadas. Las lágrimas corrían por las mejillas del pastor. Si se hubiese oído una voz del cielo aprobando el compromiso que asumían de seguir en las huellas del Maestro, ninguno de los presentes se hubiera sentido más cierto de la bendición divina de lo que lo estaban. De esta manera comenzó el movimiento más importante en la historia de la Primera Iglesia de Raymond.

—Todos entendemos —dijo Ford, hablando reposadamente— el compromiso que asumimos. Algún día podré hablaros del mara-

villosa cambio que se ha operado en mi vida en el transcurso de una semana. Ahora no puedo. Pero la experiencia que he tenido desde el domingo pasado me ha dejado tan descontento de mis antiguas definiciones de lo que significa ser discípulo de Cristo que me he sentido impulsado a dar el paso que acabo de dar. No me atreví a comenzar yo solo. Sé que en todo esto me hallo guiado por la mano del amor divino. El mismo divino impulso debe haberlos guiado a vosotros también. ¿Entendemos perfectamente lo que nos hemos propuesto hacer?

—Deseo hacer una pregunta —dijo Raquel Larsen.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. Su rostro resplandecía con una hermosura que no era la mera resultante de su belleza y bondad.

—Estoy algo indecisa en cuanto a la fuente de nuestro conocimiento respecto a lo que Jesús haría en determinadas circunstancias. ¿Quién decidirá para mí lo que Él haría en mi caso? Nos hallamos en una época muy diferente de aquella en la que Jesús vivió. Hay en nuestra civilización muchos asuntos de difícil solución que no se hallan mencionados en sus enseñanzas. ¿Cómo podré saber lo que Él haría en un caso dado?

—No conozco otro medio —respondió Ford— que el de estudiar a Jesús mediante el Espíritu Santo. Recordaréis lo que Él dijo acerca del Espíritu Santo: «Cuando viniere... el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda verdad, porque no hablará de sí mismo, sino que todo lo que oyere hablará y os declarará las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber». Es después de acudir a esta fuente de conocimiento que cada uno tendrá que decidir lo que Jesús haría en su caso.

—¿Y si después de obrar nosotros de esa manera, alguien pensara que Jesús no haría lo que hacemos? —Esta pregunta fue hecha por el superintendente del ferrocarril.

—No podemos evitar eso —respondió Ford—. Pero debemos ser perfectamente consecuentes y honrados ante nuestra propia

CHARLES M. SHELDON

conciencia. La norma de conducta cristiana no puede variar en la mayor parte de nuestros actos.

—Y, sin embargo —dijo el profesor Marsh—, un miembro de la iglesia cree que Jesús haría cierta cosa de una manera, mientras que otro miembro se resiste a admitir que esa sería la conducta de Jesús en ese caso. ¿Cómo uniformaremos nuestra conducta cristiana? ¿Será posible, siempre, llegar a las mismas conclusiones?

El Rev. Ford permaneció en silencio durante unos instantes. Luego contestó:

—No. A mí me parece que no podemos esperar eso. Pero tratándose de una decisión genuina, honesta e inteligente, de andar en los pasos de Jesús, no puedo creer que ocurra confusión alguna ni en nuestras mentes ni en el juicio de los demás. Es necesario que, por una parte, estemos exentos del fanatismo y, por la otra, seamos sumamente cautelosos. Si el ejemplo del Señor es el ejemplo para el mundo, debe ser factible el seguirlo. Pero debemos recordar este importantísimo hecho: después de haber pedido al Espíritu que nos enseñe lo que Jesús haría, tenemos que proceder sin cuidarnos nosotros de los resultados. ¿Lo entendemos así?

Todos los rostros se levantaron hacia el ministro en solemne asentimiento. El Rev. Ford se estremeció al notar entre los asistentes tal espíritu de unanimidad y de convicción. Allí estaba también al presidente del Esfuerzo Cristiano, junto con varios miembros de ambos sexos, asintiendo al propósito. Al contemplar a aquellos jóvenes sentados entre los miembros de mayor edad y comprometiéndose juntamente con ellos, a seguir a Jesús, se sintió inmensamente gozoso y emocionado.

Los concurrentes convinieron en informarse del resultado de su acuerdo adquirido de seguir los pasos de Jesús en una reunión semanal. El Rev. Ford oró nuevamente y nuevamente el Espíritu se hizo manifiesto. Todas las cabezas permanecieron inclinadas un largo rato. Había algo en el ambiente que impedía la conversación. El pastor estrechó la mano a cada uno al despedirse. Luego se fue

a su estudio, contiguo al templo, y se arrodilló, permaneciendo en oración como media hora.

Al volver a su casa, se dirigió a la habitación donde yacía el cuerpo de aquel joven. Al contemplarlo, volvió a clamar con el corazón en demanda de fortaleza y sabiduría para cumplir con su cometido. Ni aun entonces se daba cuenta de que había comenzado un movimiento que conduciría a la más notable serie de acontecimientos que la ciudad de Raymond jamás hubiese conocido.